

El viaje de búsqueda y huida en *Donde no te conozcan*, de Enrique Serrano

Dulce María Bautista
Universidad Javeriana
Facultad de
Comunicación y Lenguaje

Dos familias, dos estrellas, dos mundos, en una cuenta regresiva de quinientos años, son los instrumentos con que teje su viaje Enrique Serrano en la novela *Donde no te conozcan*, narración en filigrana que se vale de un cuidadoso manejo del lenguaje literario y de la erudición propia de la tendencia histórica.

En esta obra se combinan la hispanidad, el asentamiento del pueblo judío, perseguido, amenazado, impelido a salvarse mediante la conversión, el silencio y la huida hacia el lugar secreto cuya la travesía terminará confinada en un baúl, el pretexto, el punto de partida en que la voz narrativa iniciará su recorrido.

El baúl, símbolo de la memoria detenida, sirve de marco de composición —como diría Isaías Peña—, a la novela que principia con el hallazgo de unos viejos manuscritos recuperados por el narrador en casa de unos parientes de Bucaramanga.

A partir de entonces, comienza un extenso periplo por la historia de tres pueblos cuya identidad inevitablemente se refunde en América Latina, su destino final. Los judíos, eternos buscadores de conocimiento y territorio; los moros, representantes de la mística y las artes, y los españoles derrochadores históricos de orgullo y poder.

El relato desentraña la historia de dos familias judías españolas que se convertirán en migrantes que conquistarán nuevas tierras a fuer de los fragmentos que la persecución irá dejando en sus almas hasta reducirlas al recuerdo. A manera de cuatro partes que funcionan de actos en los que

surgen en escena personajes, fechas y acontecimientos o, si se quiere, de los movimientos de una polifonía cuya primera parte es *La luz*, seguida de *El silencio*, *La espera* y, como cierre, *El olvido*, sabemos de los Méndez-Pinto, navegantes de Palma de Mallorca, quienes realizan su periplo convencidos de que allende los mares existe una tierra que podrá acallar sus ansias de conquista y que, finalmente, se «convertirán» para olvidar las humillaciones; y los Cardozo de Lucena, dedicados a la herbolaria, cuya misteriosa magia atrapa al lector paso a paso.

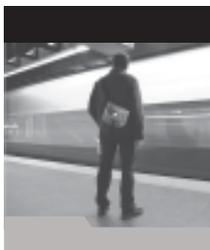
Se servían de la sapiencia que once generaciones de farmacéutas habían logrado, en lenta asimilación, de los secretos curativos de las plantas y los metales y de la combinación de los mismos en dosis minúsculas que producían arcanas recetas y eran estimadas como milagrosas (p. 17).

Se podría decir que la voz narrativa hace del lector un navegante que, en la nao de Efraín Pinto, boticario, devela los misterios de la gesta, ejecución y logro de viajes sin cuenta, arriesgados y alucinantes unos, como los que encarnan las expediciones de Ricciotti-Doria; y juiciosos y atemperados como los mismos ritos en donde se origina la sabiduría de los últimos Láinez Méndez-Pinto.

Dos muertes sirven de pretexto a la saga. Por un lado, la muerte de Don Çag, que implica la construcción de un barco símbolo de la corrección de rumbos y la revisión de las cartas de marear «Y la consulta de instrumentos de medición de la velocidad del viento» (p.15); y por otra, la muerte de Saúl Cardozo que inaugura la recuperación de la farmacopea ancestral. De este modo, el desafío de mundos ignotos toma la forma de una necesidad que se torna urgente a medida que las condiciones de la persecución arrecian y hacen insoportable la vida de los judíos.

La luz, representa el gran principio de la tradición hebrea, la vida, la creación, el Génesis y la palabra de origen. La escena se abre en 1346 con la muerte del abuelo. Tenemos noticias de que las naves de la Casa de las Dos Estrellas, «habían ido incluso más allá de las columnas de Hércules, hasta las Islas Afortunadas y a algunos puertos de la costa desierta de África (p. 14). Y hay un viaje clave que sirve de hilo conductor a la historia de las dos familias. Se trata del viaje de Efraim y Benjamín, los hijos de Don Çag a Lucena. Este hecho ilustra la fascinación de los jóvenes constructores de barcos por el mundo, por la aventura y por el oficio de armador de barcos, como le ocurre a Benjamín.

Un ambiente festivo inaugura la escena iluminada por objetos que consagran el rito de la navegación. Pese a las amenazas de la peste, surge en esta primera parte la figura determinante de Giacomo Ricciotti-Doria, un genovés fuerte y vivaz cuyo temperamento contrasta con el de Efraim Mendez-Pinto. Quizá por esas diferencias pudieron darse a la tarea de explorar nuevas rutas para legar a la humanidad el descubrimiento de



artefactos útiles al oficio de navegante. Ricciotti-Doria, a la manera del Quijote, se pregunta cómo es el mar. Sabe y reconoce, como muchos otros, que es un universo escabroso que, sin embargo, da sosiego; que es enigmático pero invita a develarlo y se hace de tales huellas para que, años más tarde, venga en pos de las suyas el maestro Cristóbal Colón. Lo que se promete es un mundo maravilloso lleno de riquezas y aventuras, porque «al hacerse a la mar se jugaban a plena luz la suerte y la pericia de todos» (p. 31).

En 1353 zarpan rumbo a Chipre y la sospecha de la redondez de la Tierra se vuelve una obsesión. Ibn Albalia, constructor de compases y astrolabios, da un sí que resonará en la historia. Significaba que Catay y Cipango estarían a unas 75 jornadas de Mogador.

Entre tanto, un afán por hurgar en las hasta ahora inextricables naturalezas de los cuerpos y de las almas se apoderó de los médicos de Lucena. Giacomo, preso de una fiebre de mar, buscaba apoyo para su alucinante empresa y, de esta suerte, los Méndez-Pinto acabaron por irse a la pérdida con un barco que inauguró los senderos de la navegación moderna. Nombres de pueblos y lugares, permanentes o pasajeros, que cumplieron su papel en la historia, se iluminan a lo largo de esta aventura. Así llegamos a 1367, cuando la luz se torna incendio y después sombra que caerá como un telón para ahogar la escena: «La noche había llegado para aquellos que vivieron con la certeza de que era posible respirar tranquilos cada día, beber el agua de las fuentes, dormir en paz y legar los privilegios de los que gozaban a quienes venían atrás» (p. 82).

El silencio, la segunda parte de la novela, recuerda el símbolo imprescindible de los judíos; alude a la prudencia, al secreto, a la tradición transmitida de generación en generación, a los pactos y los libros ocultos en anaqueles y en mapas eternos, descifrados únicamente por avezados navegantes. Corría el año 1387 cuando al calor de las mañanas Benjamín Méndez-Pinto comprendió que la nao y las dos carabelas llamadas *Mogador*, *Fermosa* y *Traviesa*, podrían convertirse en guardianas de la prudencia. Habrán de celebrar también con júbilo interior las traducciones de los tratados astronómicos y los gráficos portulanos que reposarán en el vientre de la *Fermosa* y dar origen a las cartas de marear. De allí hará rumbo a Cádiz para afrontar un final desafortunado. Pero los Méndez-Pinto no se rinden ante la pérdida, viajan después a Portugal huyendo de los atropellos y mudan su apellido por el de Laínez. Para recomenzar, se abría la posibilidad de asentarse en Lisboa y Oporto.

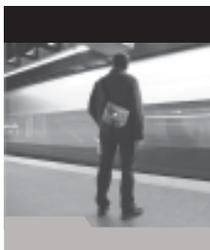
Fue la época en que «La mar oceánica y sus corrientes empezaron a interesar a todos los implicados en negocios de mar de modo tan apasionado que el oeste inexplorado no solo llegó a ser objeto de curiosidad, sino incluso expresión de audacia y refinamiento» (p. 135).

Mientras la familia Cardozo de Lucena se dirige a Cádiz, convencida de que en su terruño ya no podrá hacer nada más por cuerpos o almas, la

Al cerrar el libro y concluir la historia,
tenemos la sensación de que los
protagonistas de la aventura tienen mucho
por contar y que los memoriosos que
rescataron los fragmentos de sus historias
de viejos anaqueles y baúles añosos no
dan cuenta todavía del precio de las
lágrimas, la sangre, el fuego y la muerte.

aventura de Ricciotti-Doria reaparece, esta vez para revisar sus bitácoras. Algunas de sus aventuras quijotescas resuenan y son dignas de retomarse. Es el momento en que el reino de Portugal acoge con aprecio a estos navegantes y herbolarios condenados al silencio. Pero es solo hasta la muerte de Vicente Ferrer, el perseguidor público que desencadenó una riada de sermones contra los judíos y no menos cantidad de conversiones, que se decide la suerte de quienes ya no estarán más para la historia de las Españas. Ahora, los nombres de los hombres se han borrado y empiezan los tiempos en los que «el vulgo (...) cree que sólo lo tangible y material es grave y tiene peso» (p. 159), de nuevo cae el telón.

La tercera parte, titulada *La esperanza*, está marcada por la sensación de haber perdido la batalla y que, por tanto, es posible América. Es la época en que «Cristianos judíos y moriscos volvían a confluír en los recintos habituales, en la lonja y el mercado, en las plazas y las rúas y todo parecía de nuevo florecido y calmo...» (p. 164). Corría el año del Señor de 1427 y la casa de salud fundada por el médico Lucena, anticipaba los acontecimientos posteriores. El ejercicio de clasificar plantas y minerales en busca del alivio para los males del cuerpo, que por siglos ha sido de herbolarios, vislumbraba la exuberancia de nuestras selvas; además, el secreto que se ha instalado definitivamente en estos corazones le permite a Bartolomé «guardar mapas, instrumentos y compases en la amplia casa lisboeta, bañada por el sol de verano y las lluvias de otoño» (p. 173). Pero es hacia 1457 que Bartolomé Laínez Méndez-Pinto, y el cartógrafo Jácome Cresques, citan al príncipe Enrique, de la corte de Sagres, la existencia de las Indias que Ibn Albalia había descubierto hacía más de un siglo (p. 201). Esta maravillosa noticia se verá truncada por la muerte del príncipe y habrá que esperar hasta cuando la sombra de Torquemada sacuda de



nuevo el orbe: «Un ejemplar del mapa del gran cartógrafo Abraham Cresques reposaba en una mesa, como joya invaluable de la Casa de las Dos Estrellas» (p. 220).

El hallazgo reanuda la esperanza. Surge el genovés Cristoforo Colombo y se hace cargo de esta y de otras que resumen los postulados de Ptolomeo. Adicionalmente

Leyó Colombo un pliego de apuntes, que pudo presumir eran del propio Ricciotti-Doria, en el que se anotaban los pormenores de una conversación sostenida años atrás con un sabio llamado Ibn Albalia, de la expedición que habría de extenderse bajo su mando (...) Una vez hubo revisado códices y archivos y satisfecho con lo que allí encontró, propuso a Samuel Méndez-Pinto que solicitasen audiencia con el rey Juan, para exponerle el proyecto de enviar al poniente parte de las expediciones que había enviado al sur (p. 232)

La esperanza se volvía realidad

Con el nombramiento de Cristóbal Colón como almirante de la mar oceana, se inicia el viaje hacia *El olvido*. Expulsados y dignos, los judíos sefarditas se hacen a la mar, como quien surca un camino sin dejar huellas. El misterioso rumbo lleno de imaginarios, animales fabulosos y criaturas temerarias, es más consolador que continuar en Hispania. Los Méndez-Pinto, ahora Láinez, se enriquecieron en Portugal e iniciaron después la expedición secreta de la que tenemos noticias gracias a Efraín. De la huída y el olvido, queda la nueva generación, la reidentificación y el asentamiento en tierras americanas promisorias, indescifrables todavía, y a pesar de todo nuevas, «Por último, olvidaron la lengua hebrea y hasta la forma de leer las inscripciones de las tumbas o rollos de Torá.» (p. 285); aún así, al cerrar el libro y concluir la historia, tenemos la sensación de que los protagonistas de la aventura tienen mucho por contar y que los memoriosos que rescataron los fragmentos de sus historias de viejos anaqueles y baúles añosos no dan cuenta todavía del precio de las lágrimas, la sangre, el fuego y la muerte. En cada uno de aquellos corazones, en cada Sabbath, en cada rito mortuorio, se quedaron atrapados los silencios, las luces, las esperanzas y los olvidos desde donde se gestó el ambicioso viaje de búsqueda y huida que no terminó en Catay, ni Cipango, ni tan siquiera en las Indias, el Finisterre. Quizás ese *Locus Amenus* con que sueñan los poetas está simplemente *Donde no te conozcan*. **BU**